



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXXIII.

Vicente Blasco Ibáñez.

La voz y la pluma de la Valencia universal.

Su vida. Su obra.

Vicente Blasco Ibáñez, el más universal de los novelistas valencianos y españoles contemporáneos, el líder más reconocido del republicanismo liberal, periodista de combate en todo el devenir de su vida, nació en la ciudad de Valencia, en la calle de la Jabonería Nueva, próxima al Mercado Central, el 28 de enero, al menos oficialmente, del año 1867.

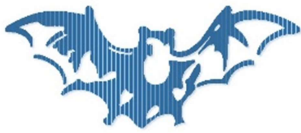
Hijo de emigrantes aragoneses llegados a Valencia como otros tantos en busca de un trabajo que en su tierra no podían encontrar, el empleo como dependiente de un comercio situado en la plaza del Mercado del padre, Gaspar Blasco, nacido en Aguilar de Alfambra, y el propio de muchacha de servicio de la madre, Ramona Ibáñez, natural de Calatayud, unidos al apoyo económico recibido del editor Cabrerizo, auténtico mentor de las letras valencianas y del pensamiento liberal, en cuya casa trabajaba Ramona, les permitió abrir su comercio de ultramarinos y progresar en el mismo hasta situarse en el primer escalón de la pequeña burguesía del comercio.

Una situación social y económica que hizo posible enviar a su hijo Vicente, el primogénito, a estudiar en el Colegio de las Escuelas Pías que se levantaba en la cercana calle de Carniceros. Centro educativo nacido del afán de San José de Calasanz, que gozaba del mayor prestigio entre los valencianos.

De inteligencia intuitiva brillante, de constitución física muy desarrollada, pasaba por mayor de su edad, su temperamento díscolo y aventurero, proclive al liderazgo social, hizo muy difícil el que aceptara la disciplina que los frailes le imponían. Una dificultad que terminó en el abandono del centro y la prosecución de sus estudios primarios en el Colegio Valentino. Centro seglar que abría sus puertas en la plaza que en el pasar del tiempo se llamaría de Mariano Benlliure y que en el momento era conocida como la plaza de la Pelota. Colegio en el que será amigo y condiscípulo del sobrino de Cristóbal Sorní, el admirado republicano.

La segunda etapa de su formación, la de los estudios de segunda enseñanza, la llevaría a cabo Vicente Blasco Ibáñez en el Instituto de la ciudad que llevará el nombre de Luis Vives, donde volvería a acreditar sus condiciones de liderazgo, sus deseos de libertad, las clases no siempre le veían presente sustituidas por sus paseos por las huertas próximas y por las tabernas que en las mismas habían, y que culminaron con el fin de sus estudios secundarios y su paso a la Universidad.

El objetivo marcado para sus años de estudios superiores era alcanzar la licenciatura de Derecho, imprescindible para el siguiente paso a dar que era convertirse



en un abogado con bufete abierto en la ciudad. La culminación de los sueños de unos padres que escalaban así de su mano un nuevo peldaño en la consideración social.

Años de Universidad que forjaron definitivamente su carácter y sus convicciones ideológicas y en los que trabajó conocimiento con algunas de las personas cuya amistad le acompañaría durante toda su vida. Destaquemos entre todos ellos a Rafael Altamira, el primer director de Primera Enseñanza, año 1912, que se conoció en España, y miembro del Tribunal Internacional de La Haya, además de secretario de la Institución Libre de Enseñanza, y a Luis Morote, uno de los periodistas más reconocidos de la España de finales del XIX y comienzos del XX, y que fue el introductor de Blasco Ibáñez en el mundo intelectual madrileño.

Años de Universidad que tienen como hito más trascendental en el hacer de Blasco Ibáñez la batalla en favor de don Miguel Morayta, catedrático de Historia de la Universidad madrileña, uno de los miembros más destacados de la Masonería española, que sufre el ataque de todo el mundo conservador y católico al afirmar que en el desempeño de su cátedra solo la voluntad del hombre que la ejercía era soberano en la selección de los temas que, más allá de cualquier otra autoridad, debía enseñar a sus alumnos.

Una reivindicación de la libertad de cátedra que puso a su lado a todos los catedráticos progresistas de España y a todos los estudiantes de tendencias republicanas o liberales. En el Manifiesto de apoyo a Morayta que firmaron los estudiantes valencianos, la primera firma que aparecía era la propia de Vicente Blasco Ibáñez.

1883-1893

La década de los años ochenta del siglo XIX y primeros de los noventa, son, en la producción literaria de Blasco Ibáñez, los dedicados al folletín histórico, al folletín romántico y al folletín político; en el mundo de la política los que forman parte de su formación valencianista y su adopción de la ideología republicana federal; y en el campo del periodismo los que le ven convertido en el director de la revista titulada *La República Federal*.

Las correrías por la Huerta de Vicente Blasco Ibáñez, le pondrán en contacto con Constantí Llombart, uno de los padres de la Renaixença, que, de inmediato le situó entre sus discípulos más queridos. El primero en tener conciencia de la valía que el joven de dieciséis años que le acompañaba y le invitaba a almorzar, tenía como futuro escritor. Un descubrimiento que le llevó a pedirle alguna narración para incluirla en la revista que editaba, y que respondía al nombre de *Lo Rat Penat*, el mismo que tenía la institución valencianista recién creada.

Una petición que el joven Blasco aceptó presentando a su maestro su primera narración, que tituló *La torre de la Boatella*, escrita en lengua valenciana. Una narración que plantea el derecho al honor de una familia musulmana de Valencia cuya hija había sido seducida por un capitán cristiano. Derecho a la honra que tendrá su máxima expresión cuando el padre y todos los hijos varones de la familia mueran en la



defensa de la Torre de la Boatella, puerta de entrada a la ciudad cercada por las tropas de Jaime I, entre las que se encuentra el capitán al que han jurado matar.

Fue una llamada de atención sobre las cualidades del joven escritor, que se completaría con la aparición en la misma revista el año 1884 de un nuevo relato debido a su pluma y titulado *Fatimah*. La historia de una mujer musulmana que, deseosa de vengar a su hermana asesinada por el Walí valenciano de la frontera con las tierras aragonesas, es capaz de aceptar las peticiones del Walí, de casarse posteriormente con el emir de la ciudad de Valencia y pedirle a este en su noche de bodas la cabeza del asesino de su hermana.

Relato también en lengua valenciana que consolidaba la posición de Blasco Ibáñez como incipiente escritor y como militante valencianista.

Una militancia valencianista que en los siguientes años, 1894-1899, le llevaría a formar parte de la sociedad de amantes de las glorias valencianas y a formar parte de su junta de gobierno durante los años 87 y 88, bajo la presidencia del barón de Cortes de Pallás.

Pertenencia a Lo Rat Penat que terminará cuando en el año 1888 Constantí Llombart rompa definitivamente con Teodoro Llorente y abandone la institución cultural valencianista.

En el plano literario hablamos del folletín, pliegos semanales en los periódicos, como su expresión preferida. Pliegos que aparecen durante todo el periodo en *El Correo de Valencia*.

Años dedicados al folletín histórico, el titulado *El conde Garci Fernández* será el más recordado por ser el original que Blasco Ibáñez, en el inicio de su juventud, se llevó a Madrid creyendo en su próxima edición y en cuya aventura, durante tres meses, no conoció más que el hambre y el apoyo del primero de los folletinistas españoles, don Manuel Fernández y González, para quien hacía las labores de amanuense a cambio de alguna chuleta para cenar.

Años dedicados al folletín romántico, en cuya producción es necesario incluir a dos obras que, aunque siempre negadas por el autor como toda su producción folletinesca, son de una cierta calidad. Nos referimos a *El adiós de Schubert* y *Mademoiselle Norma*.

En la primera nos cuenta la tragedia vivida por un joven músico valenciano que en su estancia en Madrid, donde espera ver representar una de sus obras, seduce a una joven a la que abandona cuando en su vida, tras su triunfo, aparece una aristócrata de vida alegre con la que se casa. Un matrimonio fracasado al que sigue una tuberculosis que acabará con su vida mientras escucha *El adiós de Schubert* interpretado por su hija a la que nunca conocerá.

Mademoiselle Norma es una tragedia folletinesca más simple pero mucho más perfilada. De nuevo un músico valenciano que se enamora de una cantante de vida alegre y para la que roba cuanto tiene su familia para mantenerla como querida. Cuando el dinero de la familia se termina, cuando ni siquiera queda dinero en la casa para pagar



las medicinas necesarias, la cantante lo abandona marchándose con quien le ha regalado unos pendientes que desea.

Folletín, el único, que gozó de la aprobación de Teodoro Llorente, que recomendó a Blasco Ibáñez que siguiera por ese camino.

El folletín político por excelencia, *La Araña Negra*, pese a la longitud del mismo y a su escasa calidad, proporcionó a Blasco Ibáñez su primera y perdurable popularidad. Su anticlericalismo radical, su ataque feroz a los miembros de la Compañía de Jesús, acusados de quedarse con las riquezas de las viejas aristócratas a las que confesaban, le proporcionó un reconocimiento de la clase obrera que nunca ha desaparecido.

En el plano político la década de los años ochenta y primeros de los noventa, es igualmente pródiga en acontecimientos.

Señalemos en primer lugar que en el transcurrir de los mismos Blasco Ibáñez sufrirá una paulatina transformación en su ideología. Inicialmente lo vemos situado en el campo de un republicanismo radical de vocación revolucionaria, pero el conocimiento primero de la personalidad de Cristóbal Sorní y la posterior lectura de las obras de Francisco Pi y Margall, le van a conducir a la aceptación del ideario que le parece más idóneo para llenar sus ambiciones. Un republicanismo progresista, federalista, próximo a las necesidades de la clase trabajadora y al reconocimiento de la singularidad de los pueblos que conforman España.

Muy pronto es el dirigente más significado de las juventudes federalistas. Muy pronto, a partir del año 89, va a distinguirse en sus ataques contra los gobiernos existentes y contra el tradicionalismo carlista. Enfrentamientos que terminarán con su primera huida a Francia en cuyo exilio pasará el año 90 y conocerá la obra de sus intelectuales. A su vuelta, convertido en héroe republicano, alcanzará la presidencia regional del Partido Republicano Federal.

La palabra escrita y publicada será siempre su primera arma de combate. En el año 89 lo vemos convertido en el director y editor, junto a su amigo Senent, de la revista titulada *La Bandera Federal*, revista prohibida casi continuamente por la autoridad pero que le confirma como un periodista de combate de primer nivel.

1894-1902.

Hablamos del periodo de la definitiva consagración de Vicente Blasco Ibáñez tanto en el hacer literario cuanto en el político y en el periodístico.

En el hacer literario hablamos del tiempo en el que fueron publicadas sus “novelas valencianas”. *Arroz y tartana*, 1894, *Flor de Mayo*, 1896, *La barraca*, 1898, *Entre naranjos*, 1900, *Sónnica la Cortesana*, 1901, *Cañas y barro*, 1902. Todas ellas, en su conjunto, la más acabada expresión del alma valenciana junto con la colección de *Cuentos Valencianos*.



Aunque en esta semblanza de Blasco Ibáñez se hace imposible el análisis pormenorizado de cada una de sus obras, signifiquemos, no obstante, el fin que en cada una de ellas se propone el autor.

Arroz y tartana es la imagen más acabada de una clase social, la burguesía del comercio, que aspira a alcanzar el lugar de la burguesía financiera y, si es posible, el propio de la aristocracia. Para lograrlo está dispuesta a ofrecer hasta su honra.

Flor de Mayo es el grito de protesta de las gentes del mar, las más humildes de la sociedad valenciana, la de los pueblos que viven de una pesca que siempre se cobra, al fin, la vida de aquellos que luchan contra el poder del Mar. Pueblos de miseria donde el mal triunfa.

La barraca, la obra maestra, es el canto al derecho a la libertad de los trabajadores de la Huerta. Derecho a la libertad y a la propiedad de la tierra. Un canto al poder de la colectividad, al poder de los pueblos oprimidos, que iguala a Blasco Ibáñez con León Tolstoi.

Entre naranjos es de nuevo la denuncia de la ambición de los nuevos ricos, los naranjeros, por alcanzar el primer lugar en la sociedad, el de diputado. Ningún obstáculo debe oponerse a este fin. Ni siquiera el amor que es sustituido por el poder.

Sónnica la Cortesana es el amor por la historia de un pueblo. Valencia fue la tierra que recogió por vez primera en España la semilla dejada por la cultura griega. Ella la hizo fructificar y a partir de ella la conocieron todas las demás tierras de España.

Cañas y barro es la novela naturalista más acabada de cualquiera de los novelistas españoles. En ella Blasco Ibáñez se pone a la altura de Emilio Zola. En ella el primero de los novelistas de su tiempo alcanzó la perfección en la pintura de los seres más grotescos.

Un hacer literario que le encumbró al conocimiento y a la admiración de toda Europa.

En el campo político los acontecimientos fueron, una vez más, numerosos y de todo género, Destaquemos: el proceso de alejamiento de la disciplina del Partido Republicano Federal de Blasco Ibáñez; la campaña contra la Guerra de Cuba que conducirá al político y novelista valenciano al exilio primero, a la cárcel después, y al destierro finalmente; el triunfo definitivo del Partido Republicano Fusionista y la elección de Blasco Ibáñez como diputado a Cortes.

El distanciamiento de Blasco del Partido Republicano Federal tiene dos causas coadyuvantes: la animosidad despertada entre los veteranos federalistas por la súbita irrupción de un joven que amenaza su posición y las diferencias estratégicas que se plantean entre el nuevo líder y los rectores tradicionales del Partido.

El nombramiento de Blasco Ibáñez como presidente regional del partido cuando apenas había cumplido veinticinco años, aupado por todos los jóvenes y por la directa protección de Pi y Margall, despertó los recelos de los veteranos dirigentes valencianos que, encabezados por Juan Feliu, exigieron que el poder de Blasco se circunscribiese al conjunto de la Región, excepción hecha de la ciudad de Valencia. Un posicionamiento que alejaba a Blasco de cualquier cargo público en cuanto que la



ciudad de Valencia era, en las últimas décadas del siglo XIX, el bastión esencial del federalismo.

La cuestión estratégica tenía más calado a nivel nacional. Nicolás Salmerón, en el momento líder del republicanismo unionista, había ofrecido a los federales un pacto de unidad de acción para multiplicar el poder del republicanismo. A Blasco Ibáñez la estrategia le parecía la adecuada en el momento, unir las fuerzas y multiplicar el número de diputados, pero en el Congreso de los federales celebrado en febrero del año 94, la unión propuesta por Salmerón fue rechazada. Los federales se consideraban los más fuertes y no olvidaban los agravios del 73. Salmerón había sustituido a Pi y Margall en la presidencia del poder ejecutivo de la República.

En el transcurrir de los años 94-96, Blasco fundó su propio partido de carácter regionalista que, integrado en la Unión Republicana de Salmerón, tomó el nombre de Partido Fusionista.

Fue en el año 1896 cuando se produjeron los acontecimientos que obligaron a Blasco a exiliarse a Italia. Para protestar contra la Guerra de Cuba, ante la que el político republicano exigía que fuesen todos los jóvenes españoles sin excepción y no solo los más humildes que no podían pagar la cuota de rescate, se convocó una manifestación en la Plaza de Toros de Valencia que llenó todas las calles que confluían a la misma y que había sido prohibida por la autoridad.

Los desórdenes públicos que se produjeron a continuación sirvieron al gobernador civil para decretar la prisión de Blasco Ibáñez, que, avisado por algunos correligionarios, tuvo tiempo de esconderse en el altillo de una bodega del Cabañal. Escondido escribió el cuento *Venganza moruna* que sería la base que daría nacimiento a *La barraca*, la mejor de sus novelas.

Pasados algunos días escapó Blasco a bordo de una barca de pesca hasta las costas francesas primero, y las italianas más tarde. *El país del arte* resume la presencia de Blasco en Italia.

Recibió meses después el ofrecimiento del gobierno español en el sentido de que podía volver a España. Así lo hizo Blasco Ibáñez encontrándose con la sorpresa de su encarcelamiento en la valenciana prisión de San Gregorio. Los meses pasados en ella se convirtieron en una permanente procesión de gentes que le comunicaban su apoyo y en un aumento de su popularidad. Popularidad que le convirtió en el héroe valenciano por la libertad.

La Asociación de la Prensa madrileña consiguió al fin que la pena de cárcel, donde hasta los guardianes le ofrecían sus respetos, fuese sustituida por el destierro en Madrid. Allí transcurrió buena parte del año 1897, abriendo sus puertas todos los periódicos de la capital a la pluma del escritor y periodista valenciano. Blasco era ya, para republicanos y progresistas, un héroe de la Democracia.

Con los antecedentes descritos es fácil entender por qué en las elecciones a las Cortes, celebradas en el año 1898, Blasco Ibáñez resultaba elegido por la circunscripción de Valencia con el mayor número de votos que jamás había alcanzado



ningún candidato. Adscrito al grupo republicano de las Cortes, iniciaba un camino en la política nacional que le defraudaría profundamente. El Parlamento, al fin y al cabo, era un instrumento inútil para la revolución republicana.

Anotar finalmente en este apartado que estudiamos que, en el dominio del periodismo, el hecho más trascendental será el nacimiento del periódico *El Pueblo* y la campaña contra la Guerra de Cuba que en el mismo se llevó a cabo.

La muerte de doña Ramona, la madre del escritor, en el año 1894 permitió a Blasco Ibáñez entrar en posesión de una herencia que le permitía comprar una máquina de impresión. Máquina que hacía posible su conversión en el dueño absoluto de un periódico. Era el arma que Blasco necesitaba para fundar su propio partido político, para exponer en sus hojas todo su pensamiento y su capacidad de acción, y también para llevar a cabo una misión de formación de la clase trabajadora que, en aquellos momentos, le parecía lo fundamental. Un pueblo educado apostaría siempre por la República frente a una Monarquía corrupta.

Sus novelas valencianas nacieron en las páginas del periódico, como lo hizo la campaña periodística que le convertiría en un líder indiscutido. Era el tiempo en el que España sostenía una guerra endémica contra los separatistas de Cuba y de Filipinas. Era el tiempo en el que los gobernantes españoles, moderados o liberales, apostaban por la guerra, por la liquidación de los sublevados por la fuerza sin concesiones al autonomismo.

Blasco Ibáñez, que apostaba por los autonomistas, no defendió nunca el abandono de las islas a los separatistas, se limitó a plantear que la guerra, difícil de ganar dado el apoyo de Inglaterra y de los Estados Unidos a los rebeldes, solo podía ganarse si todos los jóvenes españoles participaban en ella, y no solo aquellos que, como hemos señalado, eran de familias tan humildes que no podían pagar la cuota que les salvaba del servicio militar.

Una campaña que llevó a las gentes a situarse al lado de quien defendía la vida de sus hijos y, sobre todo, el derecho a tener las mismas oportunidades de vivir que los hijos de los ricos. Una campaña que llevó al director de *El Pueblo* a la cárcel pero que sirvió también para que el periódico se consolidase definitivamente como el periódico de los republicanos. Atrás quedaban las miserias de una publicación sin dinero para pagar a sus colaboradores.

En los comienzos del nuevo siglo Blasco Ibáñez abrazaba el éxito en el campo literario, en el político y en el periodístico. Un éxito que se plasmaba en el banquete que en el Casón del Buen Retiro le dedicaron los escritores y periodistas españoles presididos por don Benito Pérez Galdós.

1903-1914.



En el dominio de la Literatura el espacio que analizamos tiene tres etapas bien distintas en cuanto a la calidad de las obras y el éxito alcanzado: la propia de la novela social, la que se ha llamado novela psicológica y la de su regreso de América.

La novela social, *La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*, que tiene su origen en la necesidad que siente Blasco de defender sus ideas políticas, su preocupación por los más humildes, ante los ataques que recibe de sus enemigos, nos ofrecen una calidad literaria reconocida, y, sobre todo, un apunte de la realidad española que nadie puede poner en duda.

Estamos, en consecuencia, ante un caminar que sigue las huellas marcadas por la “Novela Valenciana”, aunque en este caso proyectada a la realidad nacional y a la defensa de la ideología del autor.

La catedral es la novela que nos muestra el auténtico carácter del anticlericalismo blasquista. No se trata de atacar a la religión católica como tal, a sus principios basados en el amor al prójimo, el protagonista, Gabriel Luna, es un antiguo seminarista, sino a su anclaje en el tiempo, a su inmovilidad, al olvido de su auténtica misión al lado del humilde, a su querencia por los poderosos, como lo demuestra no solo la defensa del arzobispo de Toledo que Blasco lleva a cabo en el discurrir de la misma, sino en un final en el que el anarquismo es repudiado por el protagonista que pierde por ello su vida.

El intruso es una continuación de la anterior en cuanto que la misma plantea el rechazo de la burguesía vasca, hipócritas católicos, hacia el médico que siendo de su clase, dedica su vida a cuidar a los mineros, a los más humildes. Un catolicismo, en el argot jesuítico de la época, que aparece como defensor de una Iglesia de la que ni conoce sus principios ni mucho menos lleva a cabo su mensaje.

La bodega es la denuncia más dura y real de la pseudo aristocracia andaluza, de raíces inglesas, acostumbrada a despreciar a los trabajadores que le sirven y a abusar de sus mujeres. Una casta de bodegueros y ganaderos ante la que se levantan todas y cada una de las revoluciones que España ha conocido. Una casta que ha negado siempre el derecho a la honra y al honor a todos sus trabajadores y que debe pagar con la muerte, en la novela, sus acciones.

La horda, en fin, es la novela de los desheredados, de las gentes de un submundo que vive en los alrededores de las grandes ciudades, Madrid es el ejemplo, de los deshechos, de lo que tiran los burgueses y los aristócratas, que ignoran la existencia de los que nada tienen. Es, una vez más en Blasco, el recurso a un naturalismo brutal pero real. La denuncia de una sociedad española que vive en un permanente pasado que le impide progresar.

No siguen el mismo camino las llamadas novelas psicológicas: *La maja desnuda*, *Sangre y arena*, *Los muertos mandan*, cuya calidad y objetivos deben ser puestos en cuestión.

La maja desnuda es un intento de Blasco por defender su derecho como artista, ha abandonado la política como veremos, a romper su hogar y a iniciar un nuevo hacer en su vida. Hacer que ha de llevarle a conocer otras sociedades, otras culturas, y



a buscar, esencialmente el triunfo en el mundo literario como preámbulo a su triunfo económico y social. El genio no forma parte de la moral burguesa.

Sangre y arena es un repicar en la misma campana. A partir de un mundo que desconoce pero que es popular en España y en Occidente, la trama nos presenta a los personajes que parecen sacados de sus folletines románticos. La aristócrata devoradora de hombres, el torero que, como el pintor o el músico de anteriores novelas, es el preferido del público, la novia o la mujer que lloran su abandono, el fracaso del protagonista que pierde el valor necesario, todos los tópicos, en fin, que conducen al éxito en menoscabo del arte.

Los muertos mandan, de magnífica calidad literaria, se ha comparado a las novelas valencianas, es, en el aspecto argumental, una novela fracasada, en cuanto que el problema que plantea en sus inicios, el análisis de los “Chuetas”, judíos mallorquines, es abandonado en sus inicios para volver al folletín romántico, que esta vez termina bien, puesto que el aristócrata se casa con la mujer del pueblo pese a la diferencia social.

Una etapa literaria que cerramos con *Los Argonautas*. La novela que Blasco Ibáñez publicó al volver a París de su fracasada aventura americana. Una novela fallida que quiso ser el pórtico de una serie de relatos dedicados a los hombres que forjaron la nueva América, frustrada por el estallido de la Primera Guerra Mundial y por el fracaso editorial. Habían pasado cinco años sin que el autor de *La barraca* diese una obra a su público.

En el plano político es el tiempo de la traición. De la traición de su amigo Rodrigo Soriano, y de la traición de los valencianos que sustituyeron al antiguo héroe por el recién llegado. Respuesta final, el abandono de la política por parte de Vicente Blasco Ibáñez.

El origen de la traición hay que buscarlo en las diferencias que se muestran entre la estrategia política de Salmerón y la propia de Blasco. Para el primero la negociación con los liberales, con los nacionalistas, con todos los adversarios de los moderados y de la monarquía, debe ser el camino a seguir; para Blasco la República debe imponerse de una manera frontal, con la sublevación militar o con la sublevación revolucionaria de las masas obreras y campesinas.

Unas diferencias que se ven reflejadas en un artículo aparecido en *El Pueblo*, en el que Blasco afirma que va a recorrer España con Lerroux, el otro radical republicano, para recuperar el favor de las masas que caminan hacia el socialismo y lanzarlas a la lucha republicana anticlerical y antimonárquica.

Rodrigo Soriano, un aristócrata vasco a quien Blasco ha convertido en su número dos porque ha dado algún dinero para el funcionamiento del periódico y del partido, celoso de la popularidad de Blasco, decide asumir en Valencia los planteamientos de Salmerón y en un artículo titulado “Revolucionarios de entretiempos”, también publicado en *El Pueblo*, acusa a Blasco, a través de la parodia del Sansón de



los fideos, de haber olvidado sus principios y de haberse convertido en un burgués que reside en Madrid y que tiene chalet de veraneo en la playa de la Malvarrosa.

La respuesta de Blasco, que en principio no cree en la traición del hombre que políticamente le debe todo, y de las juventudes republicanas que abandera Félix Azzati, será fulminante. Desde las páginas de *El Pueblo* acusan a Soriano de ser un arribista, un aristócrata, un ser despreciable, capaz de traicionar a su amigo y a su partido.

Una batalla en principio ideológica, que se transforma en personal. Soriano pone en circulación un nuevo periódico, *El Radical*, para seguir difamando a Blasco y defender un republicanismo más social, al tiempo que se rodea de un grupo de pistoleros, los “Valents”, capaces de asaltar la redacción de *El Pueblo* y amedrentar a los seguidores de Blasco. Batalla que, tras la expulsión de Soriano del partido, terminará con el hablar de las pistolas y el deseo de Blasco de abandonar la política valenciana.

Un abandono que se cumplirá de modo definitivo en el año 1907, cuando el novelista valenciano que reside en Madrid, compruebe con sorpresa que su enemigo, aliado con todas las fuerzas moderadas de la ciudad, le derrotará en la contienda electoral. Blasco obtiene su acta de diputado con menos votos que Soriano y renuncia a ella.

Anotemos un factor añadido al abandono de la política por parte de Blasco Ibáñez. En su vida ha aparecido una mujer, la esposa del agregado comercial de Chile en Madrid, que marca un nuevo camino en su vida. Blasco abandona a su esposa, a su familia, e inicia una nueva vida que tendrá como máximo objetivo alcanzar la fama y la riqueza para contentar a su pareja.

Y es desde esta nueva perspectiva, la riqueza, el poder, la nueva escala social, desde la que debemos entender la aventura americana de Blasco Ibáñez.

La forja de las dos colonias argentinas, Nueva Valencia y Cervantes, a partir de las tierras que el gobierno argentino le otorga y de los bancos de Buenos Aires que le prestan el dinero necesario, ha de convertirle, según todos los augurios, en un hombre inmensamente rico y poderoso.

Para alcanzar esta nueva plataforma social, Blasco, a partir del año 1909, abandona la literatura. Su tiempo está dedicado con exclusividad al nacimiento y consolidación de dos nuevas ciudades que serán la imagen de su pensamiento republicano. El fracaso se produce cuando una crisis económica pone en situación de quiebra a los bancos argentinos que reclaman sus préstamos y cuando el nuevo gobierno de Buenos Aires, de carácter nacionalista, se niega a conceder nuevos favores a los extranjeros. Es el fin de una ilusión espuria y el retorno de Blasco a la literatura.

En el plano periodístico recordar lo escrito sobre la campaña llevada a cabo por *El Pueblo* contra la guerra de Cuba, campaña en la que Blasco se muestra como un periodista capaz de arrastrar a las masas a través de la pasión que en sus escritos transmite. Y con la campaña en contra de la guerra su pasión por divulgar las



culturas, al tiempo que da a conocer a sus lectores todos los acontecimientos políticos de importancia que suceden en el mundo.

Con el abandono de la política, quien fue capaz de escribir *Cañas y barro* abandonará también la dirección y la propiedad de su periódico. Un periódico que entregará a su discípulo más aventajado. Félix Azzati pasará a ser director-propietario de *El Pueblo*.

1914-1923.

Es el tiempo de la universalización del nombre de Vicente Blasco Ibáñez. El que le convierte en el escritor más aplaudido de todo el mundo occidental. Un tiempo en el que hablaremos de las “novelas de la guerra”, de las novelas americanas, y de los artículos de opinión que fueron transformados en libros.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, un título bíblico, es sin duda la novela que le convirtió en el lector más conocido del Occidente y en un firme candidato al Premio Nobel. Las razones de haber sido el libro más vendido en los Estados Unidos después de la Biblia, debemos encontrarlas en su defensa de los aliados, Francia e Inglaterra, y de la democracia; en la denuncia de la crueldad y la sinrazón de la guerra; y en su capacidad para generar personajes en los que cada uno de nosotros puede representarse.

Escrita y vivida al tiempo, Blasco estuvo en las trincheras de París, solicitada por el propio presidente de la República Francesa, el señor Poincaré, la trama argumental que nos plantea, los amores de un gigoló argentino y una burguesa parisina, no tienen importancia. Lo que resiste al pasar del tiempo es la confrontación de familias, alemana y francesa, de generaciones, que toda guerra lleva consigo, y de los rasgos de valor y generosidad que la acompañan.

La familia del viejo Madariaga rota, la mujer que engaña a su marido y que vuelve a él tras recibirlo como un hombre herido en la contienda, la generosidad del gigoló que muere tras marchar al frente, son los valores individuales que encierran la capacidad del ser humano para luchar por su libertad. Y esa lucha descrita de forma irrepetible es la que genera la pasión por su lectura.

Junto a ella *Mare Nostrum* nos muestra la madurez del escritor y el contar de sus propias vivencias. Blasco Ibáñez dirige, en nombre de los aliados, el espionaje en Sudamérica y también en España. Gracias a este trabajo conoce cómo el consulado alemán en Barcelona es el centro del espionaje alemán, y conoce también la personalidad de Mata-Hari, la auténtica protagonista de la obra hasta el extremo de que Blasco Ibáñez esperó a conocer el fusilamiento de la espía para terminarla.

Los enemigos de la mujer, como cierre de este ciclo, es la novela que inicia el descenso en la calidad e interés de las novelas de un autor que vive, desde 1920, el mundo mágico de un triunfo universal que le invita a conocer los Estados Unidos y la magia del cine.

Escrita por compromiso editorial, plantea la denuncia de las gentes que han pasado la guerra en la Riviera francesa gozando de una vida de placer mientras la



juventud de todo el mundo moría en el Frente. Una acusación que llegaba tarde porque en los años veinte la gente quería olvidar la guerra y gozar de todos los placeres posibles.

De las novelas americanas, *El paraíso de las mujeres*, *La reina Calafia* y *La tierra de todos*, deberíamos decir que solo aportaron dinero para su autor, aunque es cierto que siempre se mantiene en ellas la calidad descriptiva que siempre le acompaña.

La primera no pasa de ser una novela corta, pedida por las editoriales sobre la sociedad neoyorquina, y en la que Blasco descubre algo que le apasiona y le sorprende: es la mujer en la América del Norte la que marca el paso de la sociedad y del progreso.

En la segunda Blasco estrena un nuevo hacer literario: la dualidad entre el relato del presente y la evocación de lo pasado, encontrando los rasgos que los unen. Es la mejor de las tres y aunque el defecto de Blasco en este tiempo, escribir demasiado y por encargo, está presente y los personajes se repiten, al menos el desprendimiento de la dama americana que renuncia al amor de un hombre en beneficio de la mujer joven que ama al mismo hombre con diferente pasión, es una muestra de que el vigor dramático del novelista está en pie.

Algo que parece desaparecer en la tercera de las novelas citadas, para algunos conocedores de Blasco poco más que una novela del Oeste americano, aunque lo que en realidad quiere presentarnos Blasco es el recuerdo de su esfuerzo colonizador. Desgraciadamente los personajes de la falsa aristócrata aventurera devoradora de hombres, el mundo de maleantes que la acompaña, y el desgraciado final de los que sueñan, lo hemos visto repetido demasiadas veces. Su esfuerzo en Argentina merecía una novela más profunda y más pausada.

Más importantes son las publicaciones nacidas de su labor periodística que en este tiempo se multiplica. Exponemos tres que nos parecen las más representativas: los artículos referidos a la Primera Guerra Mundial, los que hacen referencia a su visión de la Revolución Mexicana, y los que nos enseñan el mundo que Blasco vio en su recorrer todos los mares.

Hemos escrito que Blasco vivió la Primera Guerra Mundial desde las trincheras de París. Desde ellas, y cada día, enviaba al periódico valenciano que creara en su día un artículo del momento. Artículo que era leído y devorado por los lectores valencianos que se encontraban con una información de primera mano que les permitía estar presentes en el teatro de la guerra.

La segunda es tal vez, por sus consecuencias, la más importante de las tres. Blasco nos da en esos artículos, por los que cobró cantidades que ningún escritor había cobrado hasta el momento y que se publicaron en todos los estados de la Unión, su visión personal de una revolución que le parece una burda revolución militarista, en la que los innumerables generales y coroneles la practican como el medio más idóneo para alcanzar un bienestar económico y una posición social que nunca lograrían de otro



modo. La sucesión de revoluciones y de presidentes le parece una burla de la democracia, la auténtica democracia que es la que quiere para México.

Una visión recogida en una publicación titulada *El militarismo mejicano*, que causó sorpresa e indignación primero en el mundo mexicano y en todos los países sudamericanos después. Blasco Ibáñez había sido hasta el momento el gran héroe de la Libertad y de la Democracia para ellos. Por eso le habían invitado a visitar el país. Para que divulgara en el mundo como luchaban los mexicanos por su libertad. Sus escritos, por el contrario, solo servían para preparar el camino de una invasión de los vecinos de más allá del río Grande. Nunca se lo perdonarían.

El tercero. En fin. *La vuelta al mundo de un novelista* es la visión de civilizaciones distintas, algunas de ellas casi desconocidas, que el novelista valenciano va descubriendo desde el trasatlántico Britania en su vuelta al Mundo. Prueba de fuerza de un hombre que, más allá de la realidad diaria, saludaba a todas las civilizaciones desde su personal atalaya.

1924-1928.

Fueron años pródigos en el hacer literario de Vicente Blasco Ibáñez. Novelas que abarcan diferentes propuestas y que agruparemos en dos: las novelas históricas y las novelas de la Costa Azul. Junto a ellas los escritos nacidos para denunciar la dictadura de Primo de Ribera y su testamento político sobre la futura República.

El Papa del Mar, la primera de las novelas históricas, es una vuelta al poder literario, al hacer narrativo, de Blasco Ibáñez. Utilizando una técnica narrativa que es nueva en el autor, la dualidad de tiempos entre el presente y el pasado, quien dio a luz *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* nos va describiendo el hacer de dos personajes que la Historia mantiene permanentemente en la memoria: Benedicto XIII, antes cardenal Pedro Martínez de Luna, y san Vicente Ferrer, amigo y confesor del Papa de Aviñón, obligado por su conciencia, el bien de la Cristiandad, a abandonar al amigo.

Una visión ciertamente extraordinaria del Cisma de Occidente, que devuelve a Blasco Ibáñez al primer plano de la actualidad literaria.

A los pies de Venus es la novela dedicada a reivindicar a una familia valenciana, los Borja, acusada por todos los escritores no españoles del siglo XIX, también del siglo XX, de ser el prototipo de quienes utilizan el engaño y la muerte por veneno para mantenerse en un poder que han usurpado.

Blasco Ibáñez, en contraposición al criterio de la mayoría, defiende una tesis que poco a poco se abre camino en el mundo occidental. Los Borja, papas, santos o condotieros, Calixto III, Alejandro VI, san Francisco de Borja, César Borja, se limitaron a seguir las pautas morales que les marcaban los siglos en los que vivieron.

A la busca del Gran Khan es la novela del descubrimiento de América por parte de los marinos españoles que, sobre todo Martín Alonso Pinzón, son los que



mantienen la decisión de seguir avanzando por el mar océano, cuando la voluntad de Colón decae. Un Cristóbal Colón que, en el pensar del novelista valenciano, fue un judío de Valencia o de Mallorca que estudió en Cullera y en la Baleares, y que ocultó su origen por no declarar su condición de judío.

El caballero de la Virgen, en fin, es el comienzo de una serie de reivindicaciones que Blasco pensaba llevar a cabo de los grandes conquistadores españoles, Pizarro, Hernán Cortés, Cabeza de Vaca..., que la muerte, y las peticiones de los editores impidieron.

Era necesario ganar dinero para mantener el tren de vida de su segunda esposa, enamorada siempre de París y de la Costa Azul. Era el tiempo de contentar a la industria del cine que pedía material para nuevos guiones.

Las “Novelas de la Costa Azul”, las “Novelas de Amor y Muerte” son narraciones cortas para el consumo de los lectores, aunque la última de sus novelas, *El fantasma de las alas de oro*, debe ser salvada del olvido por su denuncia del trágico poder del juego.

En el plano político consignar que Blasco vuelve de nuevo a las trincheras. Son los años de la dictadura de Primo de Rivera en España. Acuciado por Unamuno y por Eduardo Ortega y Gasset, el hermano del filósofo, que le piden que encabece la batalla de los intelectuales contra la opresión desatada en España, el autor de *La catedral* decide aceptar la propuesta y denunciar ante el mundo a quienes tienen oprimida a la Nación que ensanchó el universo conocido.

Por España y contra el rey es una publicación que recoge los artículos que Blasco escribe contra Alfonso XIII y contra Primo de Rivera. Artículos publicados en Francia en los que afirma que Alfonso XIII, además de ser un corrupto que tenía acciones cedidas de modo gratuito de todas las compañías extranjeras afincadas en España, había sido un traidor a la civilización occidental apoyando en secreto la causa del káiser Guillermo II.

De Miguelito de Jerez, nombre que Blasco da a Primo de Ribera, además de corrupto como su amigo el rey, le presenta como un mujeriego empedernido, zafio y patán, enemigo de cualquier clase de cultura que no sean los toros, admirador de Mussolini, el líder fascista que es el espejo en el que quiere mirarse, y un ególatra dispuesto a mantenerse indefinidamente en el poder.

Ataques feroces que pusieron en su contra a todos los periodistas y escritores conservadores y servidores de la monarquía, sin olvidar a la Iglesia, que le declararon enemigo de España. También los intelectuales que habían reclamado su presencia en la lucha, encabezados por Unamuno, le abandonaron.

Solo en la batalla, tras publicar su testamento político, *La República que queremos*, en el que se muestra como un político generoso que no ansía el poder sino la lucha por la libertad y por la democracia, y en la que ofrece un modelo liberal alejado tanto del socialismo marxista cuanto de cualquier tipo de fascismo, y reclama un pacto



con la Iglesia católica para hacer posible la República, decide retirarse a su refugio de Mentón en el año 1926.

En la soledad de quien enfermo no encuentra una mano a la que poder asirse, Blasco Ibáñez, después de ofrecer en París su último discurso en honor de su admirado Víctor Hugo, murió en su casa de Mentón no teniendo a su lado más que una sirvienta.

Era el día 29 de enero del año 1928.